

Tiempo de monstruos

Entre el imperialismo de recursos y el cosplay imperial

Andi Shehu

<https://shehuandi.substack.com/p/the-time-of-monsters>

El 3 de enero de 2026, el mundo presencié un secuestro en alta definición. Fuerzas especiales estadounidenses capturaron al dictador* venezolano Nicolás Maduro y lo llevaron a Nueva York para enfrentar cargos de narcotráfico. Pero la verdadera violencia no fueron solo los más de 100 muertos ni las esposas. Fue la transformación inmediata de una redada militar en un mitin de campaña.

Como es habitual, Donald Trump no se limitó a anunciar la operación; la estrenó en horario de máxima audiencia, prometiendo que Estados Unidos ahora "gobernaría" Venezuela, al tiempo que amenazaba a otros gobiernos de la región.

Los analistas buscaron analogías de forma rápida y previsible: algunos propusieron la Doctrina Monroe, ahora renovada como "Donroe". Guatemala 1954, Irán 1953, Panamá 1989: el conocido mapa de la coerción estadounidense durante la Guerra Fría. Estos precedentes ofrecen una especie de consuelo intelectual: te dicen que ya has visto esta película, que tiene lógica, que te llevará a un lugar brutal pero familiar.

Pero ya no nos encontramos en un terreno familiar. Vivimos de nuevo en lo que Antonio Gramsci llamó el interregno: para describir el momento en que el viejo mundo agoniza pero el nuevo aún no puede nacer, cuando «aparece una gran variedad de síntomas mórbidos».

El punto crucial no es que las viejas analogías sean erróneas, sino que son demasiado coherentes para una época de monstruos.

Presuponen un imperio estadounidense que, a pesar de su brutalidad, aún necesitaba tener sentido: para sí mismo, para su burocracia, para sus aliados, para el capital. Los golpes de Estado contra Mohamed Mosaddegh y Jacobo Árbenz estuvieron envueltos en ideología y ejecutados con una lógica estratégica y económica que podía reconstruirse e incluso comprenderse a posteriori. Incluso la hipocresía tenía una estructura interna.

En cambio, lo que observamos ahora son los síntomas mórbidos de esta transición: una especie de *cosplay imperial* en el que el teatro no es un adorno, sino la función principal. En el viejo mundo, la depredación requería una justificación que resistiera el escrutinio de las instituciones o de los aliados. En el interregno, la depredación se entrelaza con la pura improvisación, el ego personal y la dramaturgia doméstica. En este sentido, la depredación no produce una "justificación" que se pueda investigar; produce un espectáculo que no requiere la suspensión de la incredulidad y que uno se ve obligado a presenciar.

Ese es el interregno que vivimos: un período en el que las viejas narrativas ordenadoras mueren, mientras que las nuevas no pueden nacer y el vacío se llena con acciones que son a la vez trascendentales e irracionales.

El colapso no es solo legal. Es epistémico.

Al presentar la redada como una acción policial, el gobierno estadounidense repitió deliberadamente el manual de Noriega de 1989. Para el analista Pablo Uchoa, esto revela una "notable falta de compromiso con el derecho internacional", donde las acusaciones nacionales se blanquean mágicamente para convertirse en una orden judicial universal.

Eso importa. Pero aún no es la ruptura más profunda.

La ruptura más profunda radica en que la historia oficial ya no está diseñada para resistir el escrutinio. La historia solo sirve para dominar el ciclo informativo, demostrar poder, aterrorizar a los oponentes y halagar al líder. Y si se derrumba bajo el escrutinio analítico, ese fracaso no es un error. Es simplemente irrelevante.

Stephen M. Walt desvela el misterio al demostrar que los argumentos de la Administración no pasan la prueba de la risa: la política ha abandonado incluso la pretensión de plausibilidad. Los argumentos se desvanecen: ¿Narcoterrorismo? Venezuela no es una fuente importante de drogas, y Trump indultó recientemente a un narcotraficante hondureño convicto; ¿El "Cártel de los Soles"? El Departamento de Justicia admitió que era una pieza ficticia de propaganda de la Administración. ¿Democracia? No había ningún plan para instalar a la oposición que ganó las elecciones. ¿Seguridad? Venezuela no representaba una amenaza militar.

Con los pretextos desaparecidos, recurrimos a la vieja y trillada explicación para todo: el petróleo. Pero aquí el guion falla de verdad. Trump se jacta de incautar 50 millones de barriles —publicitados como un premio que cambiaría el mundo—, lo que equivale a menos de cuatro días de producción estadounidense. Como señalan Walt y Daniel Chavez, la infraestructura venezolana es un cementerio de crudo pesado y viscoso del Orinoco, cuya extracción requiere una inversión de unos 100.000 millones de dólares y décadas de estabilidad. No se trata de un activo estratégico, pero es un recurso narrativo perfecto: pesado, sulfuroso y económicamente perjudicial, pero vendido como un objeto brillante a un público nacional que aún piensa en categorías de los años 70.

Entonces, si las drogas son un pretexto, la seguridad es una exageración, la democracia está ausente y el petróleo es económicamente inverosímil, ¿qué queda? Una respuesta tentadora es China. Existe todo un género de análisis que traduce cada movimiento en competencia estratégica, y a menudo suena plausible. El propio Marco Rubio lo dijo, declarando que Estados Unidos no permitiría que la industria petrolera venezolana fuera controlada por "opositores de Estados Unidos", nombrando explícitamente a China, Rusia e Irán, y añadiendo: "El hemisferio occidental nos pertenece".

Pero ver esto como un plan maestro de contención, una reinterpretación de George Kennan, otorga a la política demasiada coherencia. La realidad es más oscura: China es parte del escenario, no del guion. Si bien es cierto que China ha invertido considerablemente en Venezuela, también debemos recordar que Venezuela representa menos del 4% de las importaciones de petróleo de Pekín. Esto es apenas una molestia para una China firmemente comprometida con la tecnología que eclipsará al petróleo en un futuro no muy lejano. La Administración necesita un villano para completar el drama, y Pekín demuestra ser un apoyo útil. Convierte un acto localizado de intimidación regional en una demostración global de poder.

En otras palabras: no se trata de Washington ejecutando una gran estrategia cuidadosamente calibrada para expulsar a Pekín. Se trata de Washington ejerciendo hegemonía y utilizando a Pekín como contrapunto.

Groenlandia es lo que revela.

Trump ha amenazado repetidamente con "tomar" Groenlandia por la fuerza si es necesario. Esto a menudo se presenta como una estrategia de recursos más seguridad nacional: tierras raras, rutas marítimas del Ártico, control estratégico. A su manera, también se supone que representa un Destino Manifiesto recién nacido, que evoca una historia de esferas de influencia, expansiones imperiales y conquistas impulsadas por los recursos.

Sin embargo, la historia de las tierras raras en Groenlandia es en gran medida una ilusión.

Christina Lu, quien también escribe en Foreign Policy, señala que, si bien Groenlandia se ha presentado como un "tesoro oculto", las limitaciones son brutales: la minería de tierras raras no solo se trata de los minerales en sí (que no son tan raros), sino también de concentraciones viables, infraestructura, capacidad de procesamiento y licencia social, dado lo contaminante que es su extracción. Groenlandia nunca ha tenido una mina de tierras raras; el 80% del territorio está cubierto de hielo; las carreteras y la infraestructura son extremadamente limitadas; los costos son prohibitivos; la oposición local y las legítimas preocupaciones ambientales son poderosas.

Si Venezuela es el espectáculo violento, Groenlandia es el fallo en la simulación. Las amenazas del gobierno de "apoderarse" de la isla se presentan como un gran plan para minerales críticos, pero la física desmiente la mentira. Christopher Ecclestone e Ian Lange señalan que Groenlandia no es un tesoro escondido; es una perspectiva del "cuartil inferior" atrapada bajo un 80% de hielo y sin infraestructura.

Esto es importante porque revela el patrón: la lógica de los recursos es un disfraz. Cuando la física falla, el rendimiento se duplica. La incoherencia, a simple vista, no es un error; es la señal de una potencia hegemónica que ha perdido la capacidad de liderazgo y se ha conformado con la capacidad de disrupción.

Y una vez que se observa el disfraz, se ve en todas partes. Mencionar los "minerales críticos" de Groenlandia confiere legitimidad estratégica donde no la hay. Se invoca el petróleo de Venezuela como si un sector decrepito y ávido de inversión pudiera convertirse en ganancias imperiales instantáneas. Se invoca la seguridad como si los estados vecinos débiles o los lejanos con conexiones tenuemente conectadas representaran amenazas existenciales. El lenguaje es seguro; la economía y la estrategia son incoherentes.

Esa incoherencia no es casual. Es diagnóstica.

El imperialismo con cimientos débiles tiende a gritar.

David Pilling y Leslie Hook definen el momento como una "nueva era del imperialismo de los recursos", descrita por el historiador de la energía Daniel Yergin como un retorno a los ecos imperialistas del siglo XIX. También incluyen al politólogo Ricardo de Oliveira, quien argumenta que Estados Unidos está pasando de ser un "policia hipócrita y ambiguo del mecanismo del mercado" a un "actor geopolítico depredador e inflexible".

Todo esto puede ser cierto. Y aun así, pasa por alto lo más desestabilizador.

Un orden imperial puede ser depredador y, sin embargo, estratégicamente inteligible. Lo hemos visto en el sistema posterior a 1945. Lo que vemos ahora es una depredación llevada a cabo mediante reivindicaciones maximalistas que no necesitan ser factibles para ser efectivas. El objetivo ni siquiera es necesariamente la extracción. El objetivo es la demostración: podemos hacerlo; no pueden detenernos; las reglas no importan.

Como dice Chávez, el mensaje es que el hemisferio occidental sigue bajo la esfera de Washington y que "la autoridad importa más que la economía". Sin embargo, la necesidad de bombardear y secuestrar para comunicar ese mensaje revela fragilidad.

Eso también es un síntoma de interregno: una potencia hegemónica que se siente obligada a la violencia teatral no es una que confía en la obediencia silenciosa.

Por qué fallan las viejas analogías.

Aquí es donde los paralelismos entre Mosaddegh y Árbenz resultan engañosos. En esos casos, se trataba de disciplinar las nacionalizaciones y asegurar una economía política favorable a las corporaciones occidentales. Esto estaba envuelto en una ideología anticomunista y se ejecutaba a través de una maquinaria burocrática que aún se preocupaba por la verosimilitud. Se podían rastrear motivos, intereses, roles institucionales y resultados a largo plazo con cierta confianza.

La "doctrina Donroe" rompe con ese método.

En Venezuela, las señales del gobierno apuntan en múltiples direcciones a la vez. Trump insinuó que podría colaborar con la vicepresidenta de Maduro, Delcy Rodríguez, en lugar de buscar un cambio de régimen y descartó instalar a la oposición, aunque sigue afirmando tener intenciones democráticas. Politólogo Daniel Drezner afirma que Rubio "usó el petróleo como pretexto", y la consultora latinoamericana Stephanie Junger-Moat lo define como "un asunto de poder estadounidense y muy poco más".

Esta no es la antigua maquinaria imperial; es una combinación de coerción y rendimiento. Es una política a la vez brutal y poco seria, pero extremadamente peligrosa. El centro de gravedad se ha desplazado de los intereses a largo plazo a una narrativa de dominio a corto plazo. La historia no solo respalda el acto; la historia es el acto, incluso cuando cambia a mitad de frase.

Esa es la principal dificultad del presente: no se puede analizar como si se tratara de un proyecto estratégico estable, porque su motor interno no es solo la geopolítica, sino también el espectáculo personalizado. El centro de gravedad se está desplazando de los intereses a la dominación narrativa, del posicionamiento a largo plazo a la humillación a corto plazo de los oponentes, de los compromisos creíbles a la pura improvisación.

En el antiguo "orden basado en reglas", la hipocresía implicaba apego a la forma de las reglas. Como mínimo, el poder necesitaba algún tipo de justificación para ajustarse a esas reglas. En este interregno, la forma misma se vuelve opcional y la historia puede cambiar en cualquier momento.

El problema de Europa: la imprevisibilidad es contagiosa.

Desde un europeo, esta no es principalmente una historia estadounidense. Es estructural.

Un Estados Unidos que trata el derecho internacional como espectáculo y la estrategia como utilería teatral obliga a Europa a adoptar una postura imposible. Es imposible protegerse de un antiguo socio que no necesita coherencia. Las instituciones se vuelven poco fiables cuando la potencia líder las trata como un decorado. El desacuerdo se vuelve difícil de calibrar porque el público real es nacional y la humillación se utiliza como moneda de cambio.

El interregno puede volverse contagioso, no exportando ideología, sino exportando permiso. Cuando Washington puede secuestrar a un jefe de Estado mediante acusaciones internas y plantear la anexión por fantasías mineras, el tabú contra el uso unilateral de la fuerza no solo se erosiona, sino que se evapora. Los viejos marcos fracasan porque asumen el poder restrictivo de la vergüenza. Pero en un teatro del absurdo, la transgresión no es un escándalo; es la actuación principal.

El interregno, bien entendido.

La frase de Antonio Gramsci sobre los "síntomas mórbidos" se cita a menudo como atmósfera. Aquí se entiende como método.

Un síntoma mórbido no es simplemente violencia. Es el desajuste entre poder e historia: un sistema que aún puede actuar, pero que ya no puede explicarse de maneras que generen expectativas estables. Los monstruos no son solo los actos —el secuestro, las amenazas de amplio alcance, los discursos sobre la anexión—, sino la erosión del fundamento interpretativo que los sustenta.

Por eso, el "teatro político" no es una nota al margen. Es el mecanismo central.

Si la captura de Maduro fuera simplemente el regreso del viejo imperialismo, la tarea sería sombría pero familiar: mapear intereses, identificar puntos de presión, construir coaliciones, limitar el comportamiento. Pero el disfraz imperial produce una geometría diferente. Se nutre de la incertidumbre, de la contradicción, de obligar a todos a reaccionar ante el último y abrupto cambio de guion. Convierte la política exterior en un instrumento de validación interna.

El interregno no es la ausencia de orden. Es la presencia de acción sin una arquitectura narrativa estabilizadora.

Y por eso el pasado no es una guía suficiente. El antiguo imperio al menos tenía una historia que contar de forma convincente. Este puede vivir con historias que se derrumban bajo escrutinio, porque su trabajo no es persuadir a los historiadores. Su trabajo es dominar el escenario.

* Nota del traductor: Caracterizar a Maduro como un "dictador" es problemático porque implica negarle ese título a gente como Trump, Milei o a cualquier otro gobernante de un estado capitalista, dándole así crédito a la narrativa oficial de la dictadura de clases capitalista que se presenta a sí misma como "democrática". Como traductor, estuve a punto de descartar este artículo sólo por esa palabra, ya que no puedo omitirla. En cambio preferí hacer esta aclaración, y ofrecerles esta traducción de todos modos, porque el texto es realmente interesante y vale la pena prestarle atención.